

UN DATO PARA LA FORTUNA DE VÍCTOR HUGO EN ESPAÑA

Se cumplen en este 1952 ciento cincuenta años del nacimiento de Víctor Hugo en Besançon y cien del de Leopoldo Alas en Zamora. Ambos ilustres escritores aparecen relacionados en la presente nota.

Se trata de dar a conocer el texto de un artículo que *Clarín* dedicó en 1893 al comentario de *Toda la lira*, libro póstumo del poeta francés (1).

Con el título de *Lecturas* se ocupó nuestro crítico en varias entregas de la revista barcelonesa *La Ilustración Ibérica* del tomo IV de la *Historia del pueblo de Israel*, de Renán—publicado póstumo—; de *El Doctor Pascal*, novela de Zola, perteneciente a la serie de *Los Rougon Macquart* (2); y de este libro de Víctor Hugo.

Modestísima contribución a su centenario, exhumación de

(1) No fué ésta la primera vez que Alas mostró interés por Hugo. Una traducción suya de un episodio de *La leyenda de los siglos*—traducción en alejandrinos, metro del original—, se publicó con el título de *La paternidad* en las páginas 211-222 del t. III de la *Revista Contemporánea*, n.º de 30 de marzo de 1877. Dicha versión fué impugnada por Aniceto Valdivia en el n.º 68, tomo del año 1881, de *Madrid Cómico*.

(2) Creemos importa destacar las siguientes líneas de Alas sobre esta novela de Zola: «*El Doctor Pascal*, como sus hermanos, los volúmenes de los últimos años (*L' Argent*, *La Débâcle*, por ejemplo), nos ofrece fugas de idealidad, horizontes de misterio y tal vez de esperanza que no había en *Pot Bouille*, en *L' Assommoir*, en *Nana*, etc. Los tiempos han cambiado, y Zola con ellos. Las teorías de Taine, las de Spencer, tan incondicionalmente admitidas y admiradas hace 20 años, hoy no pasan por cosa tan corriente; y aunque Zola insista en parecer un convencido, sus himnos a la *herencia fisiológica* suenan un poco a hueco y, sobre todo, se ve que los anhelos de poeta pensador que él lleva dentro no se colman ni se calman con las inyecciones, no ya de meollo de carnero, sino aunque fueran de salud en perlas... No: bien sabe Zola que la alegría no puede venir al mundo ni por el cultivo de los ejemplares selectos de la especie, mediante el *capital* de ventajas que acumula la *herencia*, ni por la victoria progresiva sobre multitud de enfermedades. Todo eso es bueno, pero es poco. Las tristezas, que al mismo Zola le duelen, tienen en otra parte su medicina, o no tienen medicina». (En *La Ilustración Ibérica*, t. XI, 1893, pág. 814).

unas páginas de «Clarín» no desprovistas de interés y no recogidas en ninguno de sus volúmenes de crítica literaria: he aquí los objetivos perseguidos con la presente nota.

MARTINEZ CACHERO

LECTURAS

(*Toda la lira* Obra inédita de Víctor Hugo)

La fama de Víctor Hugo podrá subir y bajar como una marea, habrá épocas de moda para él, como las va habiendo para Musset, Vigny, y, sobre todo, para Lamartine; pero Hugo siempre tendrá fervientes admiradores en cierta clase de público: el que, en efecto, le lee. Que ¿tan corriente es leer, leer de verdad? Los grandes autores son, más que nadie, víctimas de los *clichés* críticos: lo mismo para censurar que para admirar, muchos se valen de la estereotipia crítica; y Víctor Hugo, particularmente, ha padecido esta injusticia de los *lugares comunes* críticos sustituyendo a la lectura verdadera. El lugar común de que Hugo es el poeta de los lugares comunes les sirve a muchos para condenarle sin leerle. Otros añaden lo de la oratoria. «Hugo es declamador», en él reemplaza muchas veces la elocuencia el lirismo verdadero... Defecto que también tenía Byron, se suele añadir... Y, en rigor, es verdad: Hugo es muchas veces elocuente, su estrofa es oratoria... Pero el buen lector, el *pío* lector, sabe armonizar perfectamente esto con la poesía. Hugo le parece *orador*, sin dejar de parecerle poeta. Hugo, en ciertos libros, no es tierno, no canta intimidades sentimentales... Es verdad: hay muchos versos de Hugo, muchísimos, los más, que no son sentimentales. Más se puede decir: Hugo ni en una sola poesía es... Musset. Sí, es evidente. Le falta el temperamento poético de Musset; como a Musset le falta el de Víctor Hugo. Parece broma, y, sin embargo, hay crítico que discurre así. No es, ni con mucho, *Toda la lira* una de las mejores colecciones de poesías de Víctor Hugo. Ni por la intensidad de la inspiración, ni por la grandeza y unidad del asunto

es este libro de los mejores entre los líricos de su autor; y, sin embargo, ¡con qué deleite se saborean sus páginas! ¡Cuántas veces se grita sin querer: — ¡Admirable! ¡Esto es un poeta!— No hay crítica, ni escuela, ni tendencia, ni moda que valgan ante este verdadero prestigio del genio que subyuga al lector desinteresado.

Paradojas, afectación, conceptos, frases, erudición inoportuna y a veces superficial: todo eso, y otras cosas malas, hay en *Toda la lira*, como en otras obras del mismo poeta. Y, a pesar de todo, encanta. La novedad de la imagen, la originalidad y fuerza de la expresión son casi continuas: es un tesoro inagotable. ¡Cuánta escoria! Es verdad. Pero ¡cuánto metal rico! Hay abundancia de todo.

Toda la lira contiene composiciones de muy diferente índole: por eso la primera parte se titula *Las siete cuerdas*, y la segunda, más especial y con mayor unidad, se llama *La cuerda de bronce*. Esta última es la que ha merecido más elogios al crítico M. Faguet: dice, con razón, que recuerda, sin desmerecer, al Hugo de *Los castigos*, y que hay versos en esta sátira política, solemne, poderosa, dignos del clásico griego que se inmortalizó en este género áspero y varonil. No son éstas las palabras de Faguet, pero sí su idea. En efecto, llega el poeta a hacernos sentir con intensidad su propia indignación, y es ésta empresa no poco difícil tratándose de asuntos políticos franceses que, ya por sí, no nos conmueven, ni a los más nos importan. Pero Hugo sabe sacar la sustancia patética, moral, de pura humanidad a todos aquellos *faits divers* que escoge como tema, o, más bien, pretexto, de su sátira. Sátira... y elegía todo junto. La ironía de Hugo no ríe: llora.

Como no tengo espacio para hablar de todo, quiero fijarme, en la primera parte, en las poesías que están comprendidas bajo el epígrafe general de *Cálculo*. Allí está ese Víctor Hugo pensador (pensador que siente e *imagina*) que tan poco vale, según muchos. No intenta ningún sistema, ciertamente; pero lo que otros han visto y pensado (Pascal, por ejemplo, como ha descubierto M. Faguet, sin gran trabajo ni gran esfuerzo de originalidad) Hugo lo ve a su manera, manera de poeta, y, lo que importa más, lo dice, lo

pinta como él solo sabe. El *Cálculo*, lo que es el mundo considerado a través de las grandes categorías con que necesitamos pensar la realidad que nos rodea, lo ve hacer y sentir Hugo con *un nuevo temblor*, como él dijo, hablando de los Goncourt.

¡Cómo encanta verle coincidir con las más hermosas y más profundas páginas que Carlyle consagró a hacernos ver que en el misterio de la realidad lo más hondo, lo más importante, lo más bello y grande está más allá de nuestras explicaciones científicas! El misterio no desespera a Víctor Hugo, como a ciertos poetas modernísimos, que, porque no se explican geoméricamente la moralidad, por ejemplo, se creen autorizados a *faire la noce* constantemente.

El filósofo, nos dice, llora, ama, intercede, ruega. Piensa: su pupila enternecida es un senda en el misterio, y comprende que allí gime alguien. Se inclina, como S. Juan, sobre lo infinito y derrama un sombrío amor sobre la vasta naturaleza.

Bendice en voz baja,

en marchant devant lui

toutes les profondeurs de l'ombre et de l'ennui.

¡Sí: también en el fondo del tedio, del disgusto, de la sequedad de que se quejan los místicos, hay que amar el misterio! ¡Qué mucho, si hasta las madres son desabridas a ratos!

Víctor Hugo hace ver a su filósofo todos los horrores, los positivos horrores, de la vida. No, no es él un candoroso optimista, uno de esos egoístas satisfechos que todo lo ven de color de rosa porque se revuelcan en los establos de Epicuro; pero el pensador de Hugo, después de contemplar tanta miseria y padecer con ella, arroja su piedad en la sorda extensión, en la sombra formidable

à jamais éperdue,

dans le deuil, dans l'énigme afreuse, dans l'horreur;

il marche, et, *sans rien voir, perdu, quoique·éclaireur,*

sous la brume éternelle, á flots noirs épanchée,

sent dans la nuit sa main par des langues lechée.

¡Sublime verso el último! ¡Sublime por la poesía de la imagen, por la ternura, por el consuelo! Bien puede compararse, sin profanación, esa mano del filósofo lamida por lenguas en la oscuridad con el soplo del Espíritu divino que el gran poeta hebreo siente pasar sobre su rostro.

Y, ahora, el que quiera reirse a costa de Víctor Hugo cogiéndole *lapsus* de erudición equívoca, como aquellos que tanta gracia le hacían al crítico Brunetière, puede encontrar en *Toda la lira*, si no abundante materia para sus burlas, algo como esto que se lee en los *Coups de clairon* que cierran el libro:

Jamais dans la Grèce,
jamais dans Rama,
ville ou forteresse,
si bien ne ferma.

—¿A quoi rime Rama?— se podrá preguntar.—¿Confunde el poeta a *Rama*, el héroe indio, con su ciudad Agodhiga?—Puede ser. Lo que es seguro es que Hugo, a pesar de eso, y de hacer a Epicuro contemporáneo de Cristo, es probablemente el mejor poeta de la Francia moderna».

(En *La Ilustración Ibérica*. Páginas 739 y 742 del tomo XI, año 1893).